

María Fernández
de Tinoco



en una luz ignorada tras de la cual le parecía adivinar los secretos de la vida que para ella se iba embelleciendo con la verdad infinita.

Quiso, la indómita y salvaje india, que Lispo la amara. Tanto pueden las ansias de una mujer enamorada; Lispo llegó a quererla como solo ella lo merecía.

El fuego interno que devoraba a la doncella la hizo ofrecer la propia luz de sus ojos divinos en cambio de la salvación del hombre preferido, que se encontraba en grave peligro de muerte.

Los dioses la oyeron. Aceptaron sus ofrendas. Desde ese instante, la india se convirtió en algo así como una ciega estatua de bronce.

Lispo comprendió que debía adorar aquella flor de su raza privilegiada. Fruto de la unión de aquellos dos seres fue Ivdo, el indio vengador que admiramos al leer esa otra belleza titulada Zulai.

Sugestiva trama. Selectas las imágenes. Admirable la descripción de las almas indígenas. Este relato merece un puesto de honor en la literatura nacional.

Esta sinfonía primaveral india debiera conocerse antes de iniciar la lectura de *Zulai*, porque es su prólogo admirable.

Hija de Gautla y de Nahuakira, en las orillas del océano intranquilo, en la plácida aldea de Quitambó, nació la predestinada chiquilla cuyo nombre armonioso lleva la novela.

El mar enfurecido se tragó cuanto pudo: hombre, pueblos. Hizo huir Gautla al través de pendientes no conocidas y de playas sedientas. Cerca del poblado, una anciana encontró a la delicada Yontá llorando sobre el cuerpo ya frío de su madre.

Al amparo de la bondad de aquella india, creció Yontá sin saber lo que era obediencia. Buscando, en todos los momentos, el abrazo fecundo de la libertad. Oía, en la playa vecina, el canto de emancipación de las olas inquietas. Escuchaba la canción de independencia de los vientos desorientados. Creí interpretarlos tríos de liberación de las aves marinas, que pasaban ante sus ojos llenos de maravilla.

Sin desearlo, sin esperarlo, llegó el amor. Venía a llenar de inquietudes el corazón ingenuo de la encantadora hija del mar y de la selva. Es deliciosa la página que titularíamos con acierto: ¡Cómo conoció Yontá al amor! puedo saber lo que es divina locura al contemplar tés morados y lindos tórtolas que logró aprisionar con una rústica trampa. Una de ellas, separada de su amor, quiso morir en la jaula en la primera noche de cautiverio. Las otras dos, llenas de vida, se arrullaban felices, aun cuando se supieran prisioneras.

Más tarde, Yontá conoció a Lispo, un extranjero que modeló su espíritu al par que llenó de angustias desconocidas su alma virgen. Se volvió silenciosa la arisca torcaz. Se sintió envuelta